

LA OBRA DE DIOS

WATCHMAN NEE

1

¿QUÉ ES LA OBRA DE DIOS?

«No que lo haya alcanzado ya, ni que ya haya conseguido la perfección total; sino que prosigo, por ver si logro darle alcance, puesto que yo también fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:12-14).

«Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos» (2 Corintios 6:1).

Dios tiene su obra. Esta obra no es tu obra ni la mía, ni es la obra de esta misión ni la de otro grupo. Es la obra propia de Dios.

Génesis cap. 1 nos dice que Dios trabajó y que luego descansó. En el principio, Dios creó la luz, las criaturas vivas, el hombre y todo lo demás. Nadie sino Él podía hacer esta obra de creación. Y hoy tiene también su trabajo, que no es el nuestro como humanos, y que ningún hombre puede realizar. La obra de Dios sólo la puede hacer Dios mismo. Cuanto antes nos demos cuenta de ello mejor. Porque la obra humana, los pensamientos del hombre, los métodos del hombre, el celo, dedicación, esfuerzos y actividades humanas no caben en lo que Dios está obrando. El hombre no puede participar en la obra de Dios hoy como no participó en la creación. En Filipenses, Pablo dice: «Por ver si logro darle alcance, puesto que yo también fui alcanzado por Cristo Jesús». El Señor Jesús tiene un propósito especial y específico al echar mano de nosotros -y lo que queremos conseguir es este propósito específico-. El tiene un propósito, y este propósito es conseguir que nosotros seamos colaboradores junto con Él. Sin embargo, es todavía cierto que *no podemos* hacer la obra de Dios, puesto que es total y absolutamente suya.

Pero en un sentido *somos* colaboradores de Él. ¡Así que por un lado debemos reconocer y damos cuenta de que no podemos tocar la obra de Dios ni aun con el meñique, y por otro, somos llamados para ser colaboradores junto a Él! Y es por esto que ha echado mano de nosotros. El señor tiene un propósito específico en la salvación y un propósito claro y definido en salvarnos, el cual es conseguir que seamos colaboradores suyos.

¿Qué es la obra de Dios?

¿Qué es, pues, la obra de Dios?. Efesios lo aclara mejor que ningún otro libro del Nuevo Testamento. El versículo 4 del primer capítulo dice: «Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor»; y en el vr 2:7 leemos: «Para mostrar en los siglos venidero las sobreabundantes riquezas de su gracia en su benignidad para con nosotros en Cristo Jesús.» Además, 1:9 añade: «dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo » En las reuniones de iglesia tenemos a menudo los que se levantan y dicen lo que piensan. Estos no hablan en el Espíritu sino que están «fuera de onda». Lo que dicen es de poco o ningún valor. Pero en la creación de Dios, tal como Él la ha diseñado, no hay nada que no concuerde. Todo es para el Hijo, todo viene de Cristo y va a Cristo. No hay nada que esté fuera de Él. Porque Dios lo ha incluido *todo* en Cristo: «Porque por él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por medio de él y para él.» (Colosenses 1:16). Todo está en perfecta armonía en el plan de Dios. Y Dios hará que todo elemento de su creación llegue a este nivel y a su puesto de armonía perfecta Pero "nosotros no podemos hacer nada por lograr esto; Dios lo está haciendo todo y lo hará todo.

¿Quién es el colaborador de Dios?

El colaborador de Dios es la iglesia. En los dos versículos citados anteriormente entrevemos las dos eternidades: 1) «Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo»; y 2) «Para mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia en / su benignidad para con nosotros en Cristo Jesús.» Y el medio por el cual se va a lograr esto es «el cuerpo de Cristo», que sirve para contener a Cristo. "Ahora bien, ¿quién es precisamente un colaborador de Dios? *No* es alguien que quiera trabajar por Dios, alguien que ve una carencia e intenta remediarla; ni tampoco es alguien que ayuda a los demás a ser salvos; más bien es alguien que hace lo que Dios le tiene destinado en su propósito eterno, y no "hace, más

que cumplir su destino. Si vemos de verdad el propósito por el que Cristo Jesús echó mano de nosotros, toda nuestra labor y obras anteriores quedarán anuladas.

El propósito y objetivo de Dios es mostrar a su Hijo en todo, es revelarnos a su Hijo para que veamos «las sobreabundantes riquezas de su gracia en su benignidad para con nosotros en Cristo Jesús». Éste es su propósito eterno. ¿Es éste el objetivo de la obra que estás realizando ahora? Si tu obra no alcanza este objetivo no eres colaborador de Dios.

Puede que te preguntes: ¿Cómo sabré que estoy colaborando con Dios? Esto puede ser contestado fácilmente. ¿Estás satisfecho con lo que haces? Si no satisfaces el corazón de Dios, el tuyo tampoco estará satisfecho. No se trata de comparar tu trabajo con el de otro. De lo que se trata es de averiguar si lo que estás haciendo es bueno -esto es, bueno a la vista de Dios, aceptable a Dios, y que procede de Él y está en concordancia con su propósito eterno.

Pablo declara: «Por ver si logro darle alcance, puesto que yo también fui alcanzado por Cristo Jesús.» No tenemos que mirar en torno nuestro y criticar a los demás, preguntándonos si es posible que todos estén equivocados y que sólo nosotros, unos pocos, tengamos razón. Esto no tiene sentido y es dañino. No importa lo que hacen los demás. De lo que nos tenemos que asegurar es de apresurarnos nosotros mismos a «lo que está delante, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.»

¿Qué es la iglesia?

Cuando empezamos a buscar aquí sobre la tierra *algo* -una iglesia, un testimonio, una doctrina, algo tangible y visible-, vemos que no tarda en convertirse en más «cristianismo técnico». No es más que algo terrenal -muerto y de poca utilidad-. Ahora el cuerpo de Cristo viviente y es espiritual. Pero cuando está "muerto se convierte sólo en *algo*.

No hemos de ser más que una semilla de trigo que cae en la tierra y muere y produce una cosecha. Esto se repite una y otra vez a lo largo de los siglos. Es algo que pertenece al cielo; no hay nada de terrenal en el proceso. La iglesia no es un conjunto de judíos, gentiles, anglosajones, americanos, chinos y otros pueblos. Porque, ¿no dice Colosenses: «donde no hay ya distinción entre griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro y escita, siervo y libre, sino que Cristo es todo, y en todos»? (3:11).

Hay personas que creen que para poder entrar por las puertas del cielo necesitamos tener a Cristo en nosotros -y es esto lo que nos permite entrar-. Esto es una equivocación enorme. Porque a la entrada del cielo está la cruz, y Sobre esta cruz estamos crucificados tú, yo y todos los seres humanos. Cada judío, cada griego, cada inglés, cada americano, cada chino y, así, sucesivamente cada miembro de todos los pueblos ha sido clavado a esta cruz y ninguno de ellos ha llegado a entrar en el cielo. Todo lo que entrabas *Cristo*, nada de lo que somos *nosotros logra* entrar. Y esta parte que logra entrar es la iglesia. Todo cuanto este en nosotros y alrededor de nosotros que es *Cristo* o *de Cristo* es la iglesia; todo lo que es *nuestro* en nosotros -o sea, lo que no es Cristo' en nosotros- *no* es la iglesia y no logrará franquear la entrada del cielo sino que quedará destruido. Lo que tengamos de la vida pura de Cristo es todo lo que será reconocido por Dios y Él se preocupará sólo de esto. Y no es más que este elemento lo que puede colaborar con Dios.

LA OBRA DE DIOS EN ESTA DISPENSACIÓN

«Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo... Y él mismo dio: unos, los apóstoles; otros, los profetas; otros, los evangelistas; y otros, los pastores y maestros, a fin de equipar completamente a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños, zarandeados por las olas y llevados a la* deriva por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que aferrándonos a la verdad en amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien ajustado y trabado entre sí por todas las juntas que se ayudan mutuamente, según la actividad adecuada de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Efesios 4:7, 11-16).

Trataremos ahora el tema de la obra de Dios en esta dispensación. La vemos en el pasaje que acabamos de citar. La obra de Dios en esta dispensación es formar el cuerpo de Cristo. Y la obra de la iglesia es precisamente la misma -formar el cuerpo de Cristo: «todo el cuerpo... ¿recibe el crecimiento para ir edificándose en amor»-. No hay misión, no hay escuela bíblica, no hay grupo, evangelista, etc., etc., que pueda suplantar nunca el puesto de la iglesia o que pueda hacer la obra de la iglesia.

Para el perfeccionamiento de los santos

Las iglesias típicas se preocupan principalmente de salvar almas; pero el Nuevo Testamento aquí lo vemos en Efesios no lo ve de esta manera. Cristo ha hecho que algunos sean apóstoles, algunos profetas, algunos evangelistas, y algunos pastores y maestros. ¿Por qué? Para perfeccionar a los santos. La preocupación principal de la iglesia de hoy parece ser la de evitar que las personas vayan al infierno, que sean castigadas, que no padezcan y sufran. Esto es bueno, pero no es lo que Dios tiene pensado para la iglesia. No es su obra para la iglesia. La tarea que El ha designado para la iglesia es el «equipar completamente a los santos», puesto que su obra y la de la iglesia es la formación y construcción del cuerpo. Se dice que con miras a la encarnación del Señor Jesús, Dios le proveyó de un cuerpo; incluso siendo así, Dios le está preparando un cuerpo hoy también. Los apóstoles y profetas y evangelistas y pastores y maestros son dados a la iglesia para edificar el cuerpo; esto es, son miembros del cuerpo para la edificación del mismo. Los miembros del cuerpo son *para* el cuerpo. Los dones a la iglesia que son miembros del cuerpo, son para el cuerpo. El cuerpo sirve para edificar el cuerpo.

No predicar, sino vida

¿Puede, por tanto, encontrarse la obra de Dios fuera de la iglesia, en una misión" o grupo evangelista u otro órgano'/ ¡Nunca! Porque tiene que ser la iglesia misma -el cuerpo- lo que hace la obra del cuerpo. Esto da respuesta al interrogante suscitado por los que obran independientemente, las obras independientes o las misiones independientes, pequeñas o grandes, bien organizadas o motivadas por la fe. Si son ajenas al cuerpo, no forman parte del orden de Dios.

Esto no es un principio o una enseñanza, es una cuestión de *vida*. Si tienes una revelación respecto a este tema, entonces en el momento en que haces algo que sea individualista y no queda relacionado con el cuerpo, te darás cuenta de ello y sabrás que está equivocado, por pequeño que sea lo que estás haciendo. No hay ningún lugar donde hacer caber la independencia o el individualismo -porque esto es el yo, o sea, eres tú mismo, no es Cristo.

¿Consideras esto como enseñanza? Si no tienes consciencia del cuerpo es que la enseñanza es mental y no viene por revelación. Y si es así, es algo que has aprendido de lo que te rodea: no viene de dentro. No es espontáneo, y no es vida para ti. Es algo que está en tu mente y no es una revelación; puesto que si fuera así tendrías esta consciencia del cuerpo. Es algo que puedes dejar para más tarde, algo que puedes esquivar o arrinconar, puesto que entonces no tienes revelación en el cuerpo.

Si estás realmente *en* el cuerpo por medio de la revelación, no puedes apartarte del mismo. No tienes *otra* opción, no hay otra alternativa, es el *único* camino a seguir. Si no lo sigues no puedes continuar adelante,

porque has visto el cuerpo por revelación. Si es revelación será una cosa *interior* -algo en tu espíritu, no algo exterior-, que permanecerá en tu mente.

Fuera de la iglesia que es su cuerpo, no hay posibilidad de obrar por "Dios. Si vas a un sitio donde hay una *verdadera* iglesia, esto es, una manifestación del cuerpo de Cristo que verdaderamente es su iglesia, no puedes obrar por separado de esta iglesia, esto es, sin vinculación a la misma. No pienses que los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros son los únicos obreros que Dios ha instaurado en el cuerpo para el cuerpo. No es cierto; cada uno de los miembros ha sido destinado por Dios para trabajar por Dios y por el cuerpo en la edificación del cuerpo. No se da el caso de que haya unos que obran y otros que sean meros miembros del cuerpo. Todos son obreros. El cuerpo de Cristo ha de edificarse él mismo. *Todo debe proceder del cuerpo y debe ser para el cuerpo.*

No estamos aquí para establecer algo, establecer «una cosa», una forma de culto, ni para representar un nuevo movimiento. Estamos aquí para representar una"" manifestación de la vida de Cristo en su cuerpo. Todo lo que es del Señor en Shanghai, todos los que sean del Señor, todo y todos los que representan en alguna medida la vida de Cristo, los podemos considerar como pertenecientes a nosotros. Forman parte de nosotros, tanto si se dan cuenta como si no, y nosotros somos parte de ellos. A menos que sea algo *vivo*, no es la iglesia. Una cosa muerta no puede ser su cuerpo.

Se da con demasiada frecuencia el caso de que lo que mantiene unida una misión u obra es un conjunto de doctrinas, una enseñanza especial o el fundador mismo, que pudo haber sido un hombre piadoso. El Señor nos libere de todo esto, porque es algo muerto. El Espíritu Santo no puede darle apoyo y no puede ministrar al mismo, porque es «cosa» y el Espíritu Santo sólo puede utilizar un organismo vivo el cuerpo, la iglesia. Toda la obra debe salir de la iglesia y debe ser para la iglesia, de modo que quede edificada la iglesia.

Como un cuerpo La meta de todo esto queda clara en Efesios 4:13: «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo». Esto no se puede realizar de manera individual; sólo se puede conseguir *como cuerpo*. Así que pidamos a Dios su ayuda, que nos aleje de todo individualismo, todo pensamiento propio, toda decisión autónoma y toda acción y movimiento individual. Pidamos al Señor la manera en que podamos vivir en el cuerpo. La vida del cuerpo no es algo que se pueda estudiar. Pero es algo natural y espontáneo si estamos *dentro* del cuerpo por medio de la *revelación*.

LA REVELACIÓN SOBRE EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS

«Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?» (Génesis 18:17).

«Y soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos... Soñó aún otro sueño, y lo contó a sus hermanos» (Génesis 37:5, 9).

«Y llamó Jacob a sus hijos, y dijo: Juntaos, y os declararé lo que os ha de acontecer en los días venideros» (Génesis 49:1).

«Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis» (Éxodo 25:9).

«Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su camino... El secreto de Jehová es para los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto» (Salmos 25:9, 14).

«Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios» (Hechos 20:27).

«Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar solemne testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hechos 20:24).

«Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue concedida para con vosotros; que por revelación me fue dado a conocer el misterio, como antes lo he escrito brevemente... del cual yo fui hecho ministro conforme al don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la actuación de su poder» (Efesios 3:2, 3, 7).

El propósito eterno de Dios no puede nunca < ser comprendido y entendido por la mente. Tiene que venir por la revelación. Toda obra para Dios empieza por la consagración o se basa en la entrega. Pero esta consagración o entrega sólo viene por medio de la revelación. De hecho, la obra de Dios (no nuestra obra, sino la obra de Dios por medio de nosotros) sólo puede empezar cuando ya ha llegado la revelación. De manera externa es una visión celestial, de manera interna es una revelación.

Dios no quiere que realicemos una obra general y abigarrada. El quiere que sepamos todo su plan y que colaboremos con Él mediante un plan y propósito claros. Porque no sólo somos sus siervos sino también sus amigos.

Toda entrega y consagración son valiosas, pero a fin de cuentas es sólo después de la revelación que la entrega y la consagración logran tener mucho valor, porque es sólo entonces que se completan. Nuestra entrega que tiene lugar antes de esta revelación es con miras a la salvación. Él me ha rescatado con su sangre, su amor por mí es inefable. Por tanto, *debo* entregarme a El. Debo entregarme a mí mismo y todo lo que tengo a la causa de su gracia y amor redentores. Pero después de la revelación todo cambia. Cuando vemos el propósito eterno de Dios, vemos que requiere una entrega absoluta de nosotros a este propósito, con una entrega que hasta entonces no hemos considerado posible -algo más profundo y más completo-. Pablo dijo: «Por lo cual... no fui rebelde a la visión celestial» (Hechos 26:19). Lo podía soportar todo y sufrirlo todo a causa de esta visión celestial.

José era un ejemplo perfecto de una persona de Dios, que recoge en sí mismo a todos los que le precedieron. Pero la crisis le sobrevino cuando tuvo los sueños. Esto fue para él la revelación, en la que vio el propósito de Dios y la parte que tenía él mismo. Esto fue el principio de la obra de Dios por medio de él.

Moisés tuvo que subir la montaña para recibir las pautas sublimes que iban a dirigir la vida del pueblo de Dios -los Diez Mandamientos y toda la ley de Dios- Más tarde tuvo que obtener el modelo para el tabernáculo: «Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte» (Hebreos 8:5).

Toda obra que realicemos, por pequeña que sea, debe hacerse según el modelo que se nos enseñó en el monte; esto es, según la revelación que Dios nos ha hecho de su propósito y plan eternos. Perdía revelación a José y a Moisés y a otros fue individual. No es así hoy. Hoy la revelación es a la iglesia. No es una revelación distinta a* cada individuo, sino que se da la misma revelación a la iglesia entera"

La obra espiritual basada en la revelación

Toda obra espiritual para Dios procede de la revelación. Si se prescinde de la revelación del propósito eterno de Dios no puede haber obra espiritual verdadera.

Puede haber una obra variada, diseminada en su nombre, que puede ser bendecida por Dios, pero que no puede llamarse verdaderamente obra espiritual u obra conjunta con Él, a menos que proceda de la revelación del propósito eterno de Dios. Debe ser revelación y no sólo una comprensión intelectual del mismo -el entendimiento e iluminación intelectuales no sirven de nada. **Debe** ser una visión en tu mismo espíritu: un «ver» en qué consiste ja esfera y" el contenido de la obra de Dios.

Ahora sólo la revelación puede referirse tanto a la obra como al obrero. Esta luz del cielo nos hace añicos. Nos hace astillas y nos mata a *nosotros y nuestra obra*. Si es sólo doctrina o enseñanza, no tardará en desaparecer. Se va, se esfuma, por así decirlo. Pero si es luz o revelación, es nuestra *vida* y no podemos evadirnos de la misma.

Un día el Señor Jesús dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día... El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por medio del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por medio de mí». Muchos no lo entendieron y le dejaron. Pero cuando Él preguntó a los doce si iban a dejarle también, la respuesta fue: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.» (Juan 6:54, 56, 57, 68). Cuando vemos la luz, se hace parte de nuestra vida, y no hay otra alternativa. No podemos obrar **de** otra manera, porque" es nuestra vida misma. Si no podemos seguir la luz, morimos. Y gracias a Dios no es algo que tengamos que recordar o hacer memoria. Si la hemos visto, la hemos visto y la veremos siempre. Nunca nos deja. Porque encontraremos que el cuerpo responde a todo: es nuestra vida misma. No podemos vivir fuera del cuerpo.

¿A quiénes se revela?

Cada cosa espiritual que poseemos procede de la revelación. Nos llega en este orden: 1) luz, 2) revelación, 3) vida, esto es, la vida de Dios, y 4) todas sus riquezas, todo lo que Él es.

Si Dios quiere hacer algo nuevo algo especial en Shanghai, en la China o en cualquier otro sitio del mundo, ¿te lo revelará a ti o lo esconderá de ti? ¿En cuántas personas de Shanghai va a confiar si Él ha de realizar algo allí? Veamos que es sólo en sus amigos *más* entrañables y cercanos que El revela "sus secretos planes. Esto debe ser motivo de reflexión por nuestra parte.

LA VIDA EDIFICA

«Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo... Y él mismo dio: unos, los apóstoles; otros, los profetas; otros, los evangelistas; y otros, los pastores y maestros, a fin de equipar completamente a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Efesios 4:7, 11-13).

«Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno es dada por medio del Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades, en el mismo Espíritu. A otro, el efectuar milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las efectúa uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular según su voluntad» (1 Corintios 12:7-11).

«El que habla en lenguas, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia. Así que, querría que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque el que profetiza es superior al que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación» (1 Corintios 14:4-5).

«No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos capacitó como ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, pero el espíritu vivifica» (2 Corintios 3:5-6).

«Por esto, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos... Pero tenemos este tesoro en vasos de arcilla, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no procedente de nosotros; que estamos atribulados en todo, mas no estrechados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida» (2 Corintios 4:1, 7-12).

Si no hemos visto el *propósito* eterno de Dios no podremos ver nunca lo que es la *obra* de Dios. Toda la obra de Dios tiene que hacerse en la iglesia y por medio de la misma, esta obra tiene como objetivo formar y edificar el cuerpo de Cristo; esta obra la tiene que realizar el cuerpo entero él mismo, y no individuos o misiones aisladas que actúan de manera independiente, apartadas de la iglesia. Esta obra de la iglesia debe proceder enteramente de Dios y ser para su Hijo.

Para ser colaborador con Dios hemos de tener revelación, de otra forma no estaremos obrando su propósito eterno y *para* su propósito eterno. El principio de toda obra para Dios es una entrega de nosotros que viene como resultado de la revelación. La razón por la que debe haber revelación es porque ésta es la luz de Dios que mata todo lo que no es de Él -y que procede del hombre-. Cuando viene la revelación vemos que no hay otra alternativa, que todo otro camino está cerrado. Tenemos que seguir el camino de la luz o morir.

Dos maneras de edificar el cuerpo ¿Cómo podemos ser colaboradores de Dios y construir el cuerpo? Si nuestra obra es sólo salvar a la gente, sería razonable esperar que el obrero tuviera una parte importante en la misma. También parecería ser en un sentido una obra para el hombre. Pero si nuestra obra tiene como propósito edificar el cuerpo, el hombre está completamente excluido, porque el cuerpo es *Cristo*. Todo es para Cristo, así que no puede entrar nada que proceda del hombre.

En 1 Corintios 12 se enumeran los muchos dones del Espíritu, y Pablo pone énfasis tanto en las palabras como en los hechos; pero en 2 Corintios 4 tenemos sólo hechos. Hay dos maneras distintas de edificar la iglesia. Ahora bien, ¿cuál es el valor de estos dones del Espíritu en la edificación de la iglesia? ¿Cómo se compara este valor con el de la vida en el Espíritu? En 2 Corintios capítulos 3 a 10, Pablo pone énfasis en lo que es su ministerio del Nuevo Pacto. Este ministerio no se basa en los dones, sino en la grandeza sobreabundante del tesoro que contiene el recipiente de arcilla, esto es, Cristo en él.

2 Corintios 4:10-12 dice: «Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos... De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida». Este pasaje difiere totalmente de Romanos 6, y viene a significar que la muerte sigue

obrando: que la muerte de Cristo sigue obrando de manera diaria en nosotros, con el resultado de que la vida fluye hacia los otros. Y de esta manera se construye la iglesia.

Así que, tenemos las dos maneras en que se ha de edificar la iglesia: a) 1 Corintios 12, por medio de los dones del Espíritu; y b) 2 Corintios 4, por medio de la muerte en nosotros de modo que la vida pueda obrar en otros.

¿Cuál de las dos maneras te ha edificado más? ¿Es que tu vida interior ha sido edificada principalmente por los dones del Espíritu, o edificada por medio de las personas que has conocido que han mantenido la cruz en el seno mismo de su vida y que llevan siempre la marca de la muerte de Jesús de modo que la vida de Jesús quede manifiesta?. Esto es llevar la cruz. Que la muerte no deje nunca de obrar en nosotros de manera que la vida, pueda seguir llenando a los demás.

Vemos a personas con un uso abundante de dones: el don de la curación, el don de echar fuera demonios, el don de la palabra, el don de hablar en lenguas. Y pensamos en lo ricos que son, hasta qué punto han sido bendecidos y utilizados por Dios. Pero, ¿es de veras así? Éstos son los dones de la infancia. Sólo pueden utilizarse en este período en el que son útiles y necesarios; pero debemos madurar.

Lo que realmente nos edifica y nos ayuda no son los dones ni lo que procede de los que tienen estos dones, sino la vida de los que nos ponemos en contacto que *conocen afondo la cruz*, que conocen la cruz desde el interior y la llevan a diario. Lo menos, por ejemplo, un grupo de cristianos recién salvados. Durante los primeros años puede que Dios les dé dones para que se maravillen del poder de Dios y de su gloria y para fortalecerles en los primeros pasos de la fe. Pero cuando esta fe es suficientemente fuerte, quitará los dones y pondrá la cruz. Hay peligros graves que se asocian con los dones, el mayor 'de los cuales es el orgullo «espiritual». Uno puede afianzarse en el Espíritu (esto es, el Espíritu derramado) y pronunciar unas frases maravillosas fuera del alcance de los demás. «¡Siento que soy algo especial!», estará pensando. Pero su vida interior puede ser infantil en comparación con la de otro creyente que no tiene los dones pero que conoce íntimamente la cruz.

La soberanía de Dios otorga dones a éste y a aquél, de modo que los que los reciban puedan servir como sus portavoces durante el tiempo en que no entenderíamos otra cosa puesto que somos niños y Él no puede entrar en tratos con nosotros de otra manera. De hecho, Él se valdrá de cualquier boca, aun la de un asno. Pero es un ministerio de tipo parvulario, y tiende a la creación de orgullo.

Lo que Dios quiere de verdad y el objetivo por el que obra es obtener recipientes tales que las palabras que El nos da sean llevadas por su Espíritu al interior mismo de nuestro ser mediante la cruz, y las haga parte de nuestra vida; es entonces que nuestro ministerio llega a ser un ministerio de *vida*, una vida que procede de una muerte que obra incesantemente en nosotros. Una iglesia que intenta edificarse por medio de los dones no dejará de ser una iglesia carnal, puesto que ésta no es sino una etapa previa a la manera en que Dios edifica la iglesia.

Su manera es vida

La manera de Dios es vida y obra por la vida. Muchas veces vamos a una reunión y un hermano sin muchas letras se levanta para decir unas palabras. Quizá no haya mucho en lo que dice, pero nos sentimos bendecidos hasta el punto más profundo de nuestro ser.

Lo que ha pasado es que hemos tocado la vida y el contacto nos ha edificado, afianzado y ayudado. Aquella persona sencilla nos ha administrado *vida*.

Los que son «enteros» o «completos» o «sin quebras nunca pueden ministrar vida, porque sólo los que han sido quebrantados magullados, lo pueden hacer. Del mismo quebrantamiento puede salir vida. Esta es la manera perfecta de Dios. Que el Señor abata a todo orgulloso; que rompa, y que nos rompa una y otra vez. Que El tenga en consideración toda nuestra vida natural. Que la cruz quede, manifiesta de manera enérgica y profunda -de manera que la vida llegue a los necesitados de Dios.

EL QUEBRANTAMIENTO LIBERA LA VIDA

«El amor no caduca jamás; pero las profecías caerán en desuso, y cesarán las lenguas, y el conocimiento actual quedará fuera de uso.» (1 Corintios 13:8).

«De quien todo el cuerpo, bien ajustado y trabado entre sí por todas las junturas que se ayudan mutuamente, según la actividad adecuada de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Efesios 4:16).

Hay dos maneras de hacer servir el cuerpo: Si se hace por medio del don, es objetiva; por medio de la cruz interiorizada por el Espíritu es subjetiva. En algunas iglesias locales Dios debe utilizar la una, en otras iglesias locales la otra. Los dones espirituales pueden ser llamados un «préstamo divino»; Él presta su propio poder y dones. Es algo exterior, más allá de uno. Tomemos como ejemplo a Sansón: podía hacer cosas extraordinarias, únicas y diferentes de las que hacían los demás, cosas pero a los ojos de Dios él, en sí, no era algo excepcional. Dios no hace sino prestar su poder a gente normal durante un tiempo porque El tiene una necesidad particular, pero no significa en absoluto que el individuo es una persona de valía espiritual especial o que es santo; de hecho, puede mostrarse todo lo contrario más tarde.

No hacer, sino ser

La iglesia organizada de hoy día pone el énfasis en lo que la persona dice y lo que la persona hace, pero da poca atención a lo que la persona *es*. Muchos obreros jóvenes desean con fervor llegar a hablar con poder, suspiran por elocuencia, anhelan predicar de manera brillante para conmover y ayudar a la gente. Lo que dejan de percibir es que esto no es lo importante. Lo importante es: ¿Quién y qué eres? Lo que vale, lo primordial no es que hayas recibido un don y por consiguiente puedas hablar, sino que conoces al Señor y por lo tanto hablas.

La compañía de obreros jóvenes congregada aquí no ha venido para que les enseñemos doctrina ni la Biblia, ni la manera de predicar el Evangelio, ni cómo enriquecerse ni hacerse poderosos, sino para que les ayudemos a ser *hombres y mujeres mejores, y para que aprendan a vivir la cruz*. Hay muchos sitios donde pueden ir para los dones, o para aprender a predicar y todo lo demás, pero no hay muchos donde puedan aprender a vivir la cruz. Si lo que quieren lograr es más conocimientos y dones para así ayudar a la gente, éste no es el sitio apropiado.

¿Son necesarios los dones? Sí que lo son, hasta cierto punto; pero no deben continuar más allá del límite donde el Señor quiere que acaben para empezar la obra de la cruz, y de este modo hacer entrar el quebrantamiento, el debilitamiento y el conocimiento del Señor -conocimiento donde no hace falta ninguna proclamación sobrenatural-. Por el hecho de que de la plenitud del corazón habla la boca, y por el hecho de que Cristo ha sido interiorizado en mí, por medio del Espíritu Santo puedo hablar de su vida desde dentro. Podemos decir hoy lo mismo que dijimos hace diez o veinte años, pero es completamente distinto. Sí, lo conocía y lo creía entonces, pero ahora ha sido interiorizado dentro de mi mismo ser. Es parte de mi yo, esto es, Cristo en mí.

El quebrantamiento produce ministerio

Isaac es la representación de alguien que lo recibió todo por medio de los dones. Fijémonos en que todo lo que recibió procedió de su padre. Fue algo objetivo para él; era exterior a él. Aun cuando Isaac bendijo a sus hijos, fue una bendición algo confusa. Estaba casi ciego y confundió a los hijos el uno por el otro.

No fue así con Jacob. Jacob había sido quebrantado, verdaderamente magullado por el Señor; y el Espíritu de Dios había interiorizado la vida misma de Dios en él hasta el punto que dijo: «Tu salvación esperé, oh Jehová» (Génesis 49:18). Cuando bendijo a sus hijos, o mejor dicho, a los hijos de José, Jacob sabía perfectamente lo que hacía. Lo hizo de manera inteligente. Dijo: «Lo sé, hijo mío, lo sé» (Génesis 48:19). Jacob, tenía luz, Jacob tenía revelación, por el hecho de haber sido *quebrantado*.

La gente dice: «¿Por qué se da el caso de que tantas personas que han sido utilizadas por Dios quedan al final puestas a un lado, esto es, que Dios no las utiliza más?» ¿Quién es el que afirma que Dios las haya jamás utilizado? Y aun si El lo hubiera hecho, la utilización fue como la distribución de los dones. Dios, en

su derecho soberano, escogió a una persona y le concedió un don temporal, pero sólo lo utilizó un tiempo limitado porque la persona no estaba capacitada interiormente para recibir más ministerio.

«Pero tenemos este tesoro en vasos de arcilla, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no procedente de nosotros» (2 Corintios 4:7). El Señor nos hace pasar por pruebas difíciles que no podríamos pasar y que no podríamos soportar, y por lo tanto, de las que no podríamos salir vencedores y en las que estaríamos perdidos; pero es precisamente en este punto que encontramos que aquello precioso dentro de nosotros empieza a actuar. A causa de aquello precioso dentro del vaso, a causa de la vida de Cristo que se encuentra dentro del mismo, podemos seguir adelante. Somos vencedores donde no podríamos serlo. Llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, y por consiguiente la vida de Jesús se hace evidente.

Tú puedes ayudar a otros en la medida en que hayas sufrido. Cuanto mas, mas puedes ayudar al prójimo; cuanto menos, menos. A medida que pasamos por las pruebas del fuego, las aflicciones, las persecuciones, los conflictos a medida que dejas que el Espíritu Santo te interiorice la muerte de Jesús la vida podrá derramarse hacia los otros, a saber, la vida de Cristo.

EL MINISTERIO PROFÉTICO

«Y nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y al ministerio de la palabra» (Hechos 6:4).

«Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, después profetas, lo tercero maestros, luego poderes milagrosos, después dones de sanidades, ayudas, dotes de gobierno, diversos géneros de lenguas» (1 Corintios 12:28).

«Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquia, profetas y maestros» (Hechos 13:1).

«Procurad alcanzar el amor, y desead con celo los dones espirituales, especialmente que profeticéis. Porque el que habla en lenguas, no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, sino que en espíritu habla misterios. Pero el que profetiza, habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación. El que habla en lenguas, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia» (1 Corintios 14:1-4).

«Y él mismo dio: unos, los apóstoles; otros, los profetas; otros, los evangelistas; y otros, los pastores y maestros» (Efesios 4:11).

Con relación a los dones, Dios pone más énfasis en los dones de proclamación como la profecía, la Enseñanza y demás que en los dones de hechos tales como la curación y milagros. Pero los apóstoles dicen aquí por medio del Espíritu: «Y nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y al ministerio de la palabra».

Hay dos clases de dones a la iglesia: uno es el don de las cosas -como los milagros, las curaciones, las lenguas, etc. y el otro es el don de las personas que ministran -tales como los profecías, maestros, pastores y evangelistas- Estos últimos dones de personas- tienen que ver con el ministerio de la palabra de Dios. Los dones de curación y de milagros no añaden nada a la vida de Cristo en nosotros. Confirman la palabra de Dios, pero esto es todo; son algo exterior, no interior. Por el contrario, el ministerio de la palabra de Dios por medio de los dones de profetas, maestros y otros, edifica la vida espiritual interior de la iglesia.

Profetas y maestros

Creo que el Señor quiere que nos fijemos de modo particular en el ministerio de profetas y maestros. En el Antiguo Testamento vemos dos clases de profetas: 1) los que predecían los sucesos del futuro, como Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel; y 2) los que, como Elías y Eliseo, tenían como trabajo no tanto la predicción del futuro como la explicación del presente. Estos iban a explicar el pensamiento de Dios a través de los hechos que Él estaba realizando -el porqué El obraba de la manera en que obraba-. Iban a explicar las acciones de Dios, por así decirlo, y exhortar al pueblo con miras a lo que Dios hacía y lo que estaba en su mente. Juan el Bautista fue el mayor de estos profetas en el Nuevo Testamento. Al igual que los otros que le precedieron, Juan expresó lo que Dios tenía pensado para el presente. Así que los profetas ocupaban un lugar distintivo; nadie podía igualarlos en importancia.

Los maestros, por otra parte, tomaban la palabra de Dios y la explicaban al pueblo, glosándola. Nunca se menciona que los maestros estuvieran solos, ya que cuando se hace mención de ellos están acompañados por profetas, pastores y otros. Dios no ha destinado a algunos para que sean sólo maestros. Dios no quiere una enseñanza de la doctrina que sólo tenga valor académico, sin valor espiritual. Es cierto, sin embargo, que ha utilizado a unos como maestros, pero es un ministerio limitado, puesto que se trata de recibir entendimiento y luz con respecto a la Palabra y poder transmitirla a otros al descomponerla o recomponer sus partes. Todo esto es objetivo. Es un entendimiento que viene del exterior, de la Palabra, y no una luz que procede de un conocimiento verdadero de Dios y dé haber andado junto con El. Esta comprensión de las Escrituras y la explicación que se hace de la misma llevan a muchas dificultades intelectuales que requieren un estudio incesante para que puedan ser superadas. Pero esto no es la vida.

Sin embargo, llegará el día en que el Señor echará mano de ti y te enseñará que el problema verdadero no son las Escrituras, sino tú mismo -que todo lo que has estado buscando y has encontrado ha sido algo exterior, mental, sin valor, en el ámbito del conocimiento y no de la vida.

Ministerio profético

Si quieres ser profeta, hacen falta tres cosas:

- 1) Preparación como vaso el quebrantamiento del Espíritu Santo y que El tenga tratos contigo y te aplique la cruz, te lleve a la muerte y te interiorice la vida de Cristo. En otras palabras, una historia secreta con Dios.
- 2) Una carga interior, que Dios da un pensamiento que se vuelve una carga, el sentimiento de un deber.
- 3) Expresión de esta carga, o sea, la manera de dar evidencias de aquel pensamiento su interpretación y su expresión claras.

El don de la profecía puede llegar a nosotros por medio de lenguas o expresiones sobrenaturales procedentes del Espíritu derramado; pero es tan sólo una etapa transitoria para Dios, y El lo utiliza cuando no hay personas de profundidad, historia y madurez espirituales que Él pueda emplear como vasos adecuados en la edificación de la iglesia.

MINISTERIO DE VIDA

«Por esto, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien, renunciamos a los subterfugios vergonzosos, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a nosotros mismos ante toda conciencia humana, en la presencia de Dios... Pero tenemos este tesoro en vasos de arcilla, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no procedente, de nosotros; que estamos atribulados en todo, mas no estrechados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida... Por lo cual, no desmayamos; sino que, aunque este nuestro hombre exterior va decayendo, el interior, no obstante, se renueva de día en día» (2 Corintios 4:1-2, 7-12, 16).

La segunda carta a los Corintios es un libro muy importante porque nos explica qué clase de persona debe ser la que sirve a Dios. Por ejemplo, los capítulos 8 y 9 nos dicen, entre otras cosas, la actitud que el siervo del Señor debe adoptar con respecto al dinero. Vemos en 2 Corintios lo que significa ministerio *de vida*.

De todas las epístolas de Pablo, 1 Corintios es la más superficial, puesto que trata principalmente de lo correcto y de lo bueno, y no puede, por lo tanto, profundizar mucho. 2 corintios es sin embargo la más profunda de sus epístolas. Efesios es, por supuesto, la más alta, pero 2 corintios es la *más profunda*.) 1 Corintios trata de muchos problemas y preguntas exteriores, pero en medio de todo esto lucen unas realidades espirituales interiores que son vitales y preciosas. Una de estas realidades es que Dios ha escogido lo débil de este mundo, lo despreciado, lo ignorante y necio, las cosas y personas de poca monta, para avergonzar a los sabios, de modo que ninguna carne se gloríe ante sus ojos.

Además, dice, todo lo que hemos recibido procede de Dios, para que nadie se jacte. Aún otra realidad queda manifestada cuando Pablo habla de los varios dones y del valor que tienen. Además incluye el capítulo maravilloso sobre el amor. Asimismo, en el capítulo que trata de la manera en que hay que cubrirse la cabeza, Pablo nos da el principio fundamental de que la iglesia debe someterse a la autoridad según el orden que Dios ha dispuesto -Cristo debajo de Dios, el hombre debajo de Cristo, y la mujer debajo del hombre. Y al principio de la carta se trata el tema importante de la unidad y se nos muestra, que toda nuestra unidad depende del control severo que ejerzamos sobre la carne.

Enseñanzas basadas en la vida.

Aunque 1 Corintios es sencillo, fácil de entender y no del todo profundo, Dios no había dispuesto que sólo se escribiera esta sola carta; había dispuesto que se le añadiera 2 Corintios. Porque es en esta segunda carta que vemos que clase de persona era la que nos escribió 1 de Corintios, y esto es lo que da valor a la primera carta. 1 Corintios *se construye sobre* la vida espiritual del que escribe 2 Corintios y esto es de importancia capital.

La enseñanza sobre el dinero, de 1 Corintios, sólo adquiere valor por la actitud de Pablo que queda expresada en 2 Corintios sobre el dinero. Dijo que nunca había recibido dinero de ellos, sino que había trabajado con sus manos para ayudarles como una madre lo habría hecho.

La enseñanza sobre la resurrección en 1 Corintios es de valor porque era una experiencia viva en él. Conocía la vida de resurrección de Cristo en él en aquellos momentos cuando dijo: «Nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros» (2 Corintios 4:13-14). Dijo en otro sitio: «Pero hemos tenido en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no estuviésemos confiados en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2 Corintios 1:9), y: «Sabido que entretanto que habitamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor... y preferimos estar ausentes del cuerpo, y habitar en la presencia del Señor» (2 Corintios 5:6, 8).

Consideremos también las enseñanzas de Pablo sobre el amor. De todas las iglesias, Corinto fue la que le trató con menos gratitud. Los creyentes de Corinto le atacaban, le comprendían mal, le tenían en menos, le criticaban sin piedad, le hacían toda clase de injusticias y le zaherían profundamente; sin embargo, en 2

Corintios vemos que Pablo reaccionó con mansedumbre y amor. Dijo: «El Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios» (2 Corintios 1:3-4). Reaccionó con amor, no con amonestaciones; con comprensión y lágrimas y mucha oración y mucho perdón.

En 1 Corintios Pablo nos enseña que Dios ha escogido lo débil y necio y pobre, y que él es tan débil y pobre como ellos. Sin embargo, en 2 Corintios dice: Somos en verdad débiles, totalmente débiles, pero hay algo de qué gloriarse. Cristo en *nosotros* no es débil. El es fuerte, es poderoso, es suficiente para todo. «Bástate mi gracia», dice el Señor a Pablo, «porque mi poder se perfecciona en la debilidad». «Por tanto, de muy buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades», responde Pablo, «para que habite en mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9).

Pablo dice en 1 Corintios que estén dispuestos a perder en asuntos financieros antes de recurrir a la ley; y en 2 Corintios muestra que nunca hace valer sus derechos ante la ley, sino que acepta toda pérdida o pobreza o prueba que le sobrevenga.

La cruz base del ministerio de la vida

2 Corintios, es ante todo, un libro de sufrimiento.

Vemos allí al siervo de Dios -su vaso escogido- pasando pruebas terribles, probablemente sufriendo más que los otros apóstoles. Vemos los sufrimientos escritos a lo largo del libro: a veces físicos, a veces mentales, a veces espirituales; unos son temporales, otros son permanentes. Pero nos da la razón de este sufrimiento cuando dice: «llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos». Esto es la base de todo ministerio *de vida*. Tiene que haber sufrimiento, tiene que haber dolor, tiene que haber la *cruz* si es que se va a manifestar la vida de Cristo, «De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida».

Cuando hay un retraerse ante la cruz, una evasión del Calvario, un rehusar el camino del dolor y el sufrimiento¹ un resistirse a pagar el precio y sufrir dolor y pérdida, habrá pobreza, muerte y superficialidad, un vacío que no puede ofrecer nada con qué ministrar al pueblo de Dios. «Qué la muerte actúe en mí para que fa vida nunca deje' de derramarse a los otros.»

¿Cuál es el motivo de la frivolidad y pobreza del ministerio de hoy en día? El hecho de que los ministros hayan experimentado tan poco. Han logrado evadir la cruz cada vez que Dios se la ha ofrecido o los ha designado para la misma. A menudo hay un camino para esquivarla, un camino que resulta menos costoso, un camino más bajo que no es el camino de la cruz. ¡Cuan pocos y contados son lo que de veras son ricos espiritualmente! Y ¿por qué? Porque los sufrimientos de muchos no han sido abundantes.

Dios lo dispone todo perfectamente. Sabe qué tipo de sufrimiento cada uno de nosotros necesita -si tiene que ser físico, material, mental o espiritual-. Cuando Dios, en su sabiduría, nos lo asigna es porque ve que nos hace falta. Demos gracias y veamos al Señor en el sufrimiento. Aceptémoslo con júbilo, reconociendo que somos débiles y completamente incapaces de hacer frente al mismo pero que El está a la altura de manera gloriosa. Y es en esta circunstancia que le vemos en su plenitud, y suficiencia. Logramos conocer a Dios de veras porque le vemos hacer en nosotros y para nosotros lo que nosotros mismos no podemos hacer. Así que podemos ministrarles en vida a otros, edificar el cuerpo y diseminar vida su vida por donde vayamos. Cuando la muerte obra en nosotros, precisamente es entonces y sólo entonces, que puede fluir la vida a otro"

MINISTERIO SACERDOTAL

«Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros; Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Mientras estaban éstos celebrando el culto del Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado» (Hechos 13:1-2).

«Coré hijo de Izhar, hijo de Coat, hijo de Leví, y Datan y Abiram hijos de Eliab, y On hijo de Pelet, de los hijos de Rubén, tomaron gente, y se levantaron contra Moisés con doscientos cincuenta varones de los hijos de Israel, príncipes de la congregación, de los del consejo, varones de renombre. Y se juntaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?... Ya Coré había hecho juntar contra ellos toda la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión; entonces la gloria de Jehová apareció a toda la congregación. Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: Apartaos de entre esta congregación, y los consumiré en un momento... Y ellos, con todo lo que tenían, descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron de en medio de la congregación» (Números 16:1-3, 19-21, 33).

«Y florecerá la vara del varón que yo escoja, y haré cesar de delante de mí las quejas de los hijos de Israel con que murmuran contra vosotros... Y aconteció que el día siguiente vino Moisés al tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras... Cualquiera que se acerca al tabernáculo de Jehová, muere. ¿Es que acabaremos por perecer todos?» (Números 17:5, 8, 13).

Todos los que sirven a la iglesia sirven primero y primordialmente al Señor. A veces son llamados para ser ministros del Cristo, a veces ministros de Dios. Se habla, sobre todo, de los profetas y maestros como sirviendo y ministrando al Señor. El servir a la iglesia o ministrar al pueblo es otra cosa que ministrar al Señor; y la primera opción sin la segunda es de poco valor para Dios. A menudo hay necesidad del Evangelio, necesidad de obreros y lo demás; pero Dios tiene su necesidad también. Si hay necesidad de obra u obreros pero la satisfacción de esta necesidad no es en colaboración con Dios, o una satisfacción de una necesidad de Dios, o no es un ministerio al señor en respuesta a su necesidad y su llamada, entonces ya ha tenido lugar un malentendido.

Si hay un ministerio profético que no va hermanado con un ministerio sacerdotal a la vez, carece de valor y no puede servir para la edificación de la iglesia. Si mi mano izquierda quiere ayudar a la derecha por estar ésta dolida y lastimada, mi mano izquierda no puede ayudarla directamente. Tiene que hacerlo por medio de la cabeza. Sólo puede comunicarse con la otra mano mediante la cabeza. La mano izquierda viene en auxilio de la otra mano no por sí sola sino con miras a la cabeza esto es, para satisfacer las necesidades de la cabeza- Por lo tanto, todo ministerio que no se realice a través de la Cabeza y para la cabeza no tiene sentido y sólo nos causa dificultades con los otros miembros.

Todo ministerio que ha perdido su énfasis sacerdotal sobre todo lo demás, no anda bien. Si una persona no ha ido primero a la presencia de Dios, no puede salir de la presencia de Dios con un mensaje o un servicio de valor. Si no hemos estado en la presencia de Dios como sacerdotes, toda nuestra obra, nuestro testimonio vuestras idas y venidas, todo nuestro esfuerzo no será mas que un ministerio al hombre y no al Señor."

Llamada y calificaciones del sacerdote

¿Qué tipo de persona puede entrar en presencia de Dios como sacerdote? Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo tratan al «sacerdote» de la misma manera. Hemos de ser un reino de sacerdotes -reyes y sacerdotes a Dios- Aunque éste fue el plan original de Dios, Israel no llegó a lo que Dios esperaba de ellos. Cuando Moisés bajó del monte con los Diez Mandamientos, los israelitas ya estaban rindiendo culto al becerro de oro. Así que Dios dijo: «Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente» (Éxodo 32:27). Sin embargo, sólo obedecieron los levitas; así que de aquella hora en adelante el ministerio sacerdotal fue confiado a los levitas.

En el caso de los hijos de Coré, la cuestión fue ver quién era santo y podía servir a Dios. Ellos decían que todos eran santos y que por lo tanto podían servir a Dios. Pero Dios juzgó. La tierra se abrió y tragó a todos los hombres de Coré junto con todos sus bienes, y el Señor envió fuego y quemó a los doscientos cincuenta hombres que habían ofrecido incienso. En este incidente vemos que hay vida para los que son nombrados por Dios para servirle, pero que para los que no han sido llamados por Dios y que todavía se adelantan por iniciativa propia e intentan servirle porque lo quieren hacer o porque es bueno hacerlo, para ellos sólo hay destrucción. Porque este no es un tema de poca importancia que Dios puede pasar por alto; es algo muy importante -una cuestión de vida o muerte.

Es todavía verdad que todos en el pueblo de Dios son sacerdotes. ¡Aleluya!, es todavía verdad. Sin embargo, es también verdad que no podemos desempeñar este cargo sin calificaciones especiales. No podemos ejercer nuestra función delegada de sacerdotes tal como somos de modo natural. Si hablamos en términos espirituales, sólo Moisés y Aarón y los levitas podían cumplir este oficio. Vemos este principio en el caso de Coré, Datan y Abiram. Cuando los doscientos cincuenta príncipes de la congregación ofrecieron fuego falso en sus incensarios, fueron abrasados.

Más tarde la vara de Aarón y las varas representativas de las otras tribus fueron puestas en el tabernáculo. El día siguiente sólo la vara de Aarón había florecido. Esto, por supuesto, significaba la resurrección: la vida de la muerte. *Solo* pueden ministrar al señor los que han pasado por la muerte y han salido por la resurrección a la vida. Tienen que haber conocido la muerte de la cruz. No es posible llevar algo de la antigua creación al tabernáculo, al ministerio del Señor: ni tu antigua mente, ni tu antigua brillantez ni sagacidad, ni tu antigua elocuencia, ni cualquier aspecto positivo de la creación vieja. Todo esto tiene que pasar por la muerte y salir de nuevo en la vida de resurrección. A menos que haya florecido tu vara, no puedes servir a Dios. En pocas palabras, no puedes servir a Dios si sólo conoces la sangre pero no la cruz.

Por la muerte a la vida

Es cierto que todos gozamos de la posición de sacerdotes pero sólo después de haber recibido la obra subjetiva de la cruz y después que nuestra vida natural haya sido tratada de manera total y absoluta, podemos desempeñar este cargo sacerdotal.

La resurrección tiene sólo un significado, el cual es, que la persona *ha pasado por la muerte* y recibido nueva vida. La resurrección que vemos en Filipenses 3 es el lado positivo de la resurrección. No se trata de algo muerto que pasa por la muerte y sale vivo. No, la resurrección es *la vida que entra en la muerte y vuelve a surgir en vida nueva*. Todo lo que es bueno y vivo en nosotros, todo lo que viene del nuevo nacimiento, toda la vida pura, nueva, nacida de nuevo que Dios nos ha dado todo esto *tiene que bajar a la muerte*, tiene que pasar *por la muerte* y ser purificado otra vez por la muerte, purificado tres veces en tres días (lo que tipifica plenitud y perfección y la totalidad de la muerte) y salir a la vida. Esto es la vida de resurrección de verdad; y una vez la vida ha pasado por la muerte y todo lo que se ha ido acumulando del yo y de lo terrenal ha sido consumado, la muerte no la puede tocar más. Es una vida en la que no hay muerte.

Todo lo que tenemos de manera natural como dones y todo lo que Dios nos nadado como dones del Espíritu *debe* pasar por la muerte. Si hemos brillado en la conversación o sido buenos oradores, podemos encontrar que todo esto desaparece cuando pasamos por la muerte. Porque aunque ha sido una conversación «espiritual» buena y beneficiosa, no ha sido totalmente del Espíritu de Dios. Ha sido, -en el mejor de los casos, una mezcla; y es por esto que será purificada al pasar por la muerte. Nuestra fuerza y habilidades naturales nunca saldrán de la muerte. Todo nuestro poder intelectual debe pasar por la muerte, si no no podrá nunca ministrar a Dios. Y esta muerte no es la muerte de Romanos 6 o Gálatas 2:20; es algo que *va más allá de todo esto*. Esta muerte y resurrección son la base y la única base del ministerio sacerdotal.

Gracias a Dios, rehusamos todo servicio que es sólo servicio al hombre. No servimos al hombre, servimos a Dios; porque somos primero ministros de Cristo, y después al hombre, a la iglesia. Pero la base de todo es la *muerte y la resurrección* que se manifiestan en un ministerio sacerdotal dirigido hacia Dios, y que entonces se manifiestan en el ministerio al hombre, (que el Señor nos de la gracia de entrar en el Lugar Santísimo cuando todo el yo y todo lo del hombre y toda la mezcla y todo lo de la tierra haya sido destruido en la muerte, y todo lo indestructible y todo lo que no puede morir se manifieste en la vida de resurrección.

LA INIQUIDAD DE NUESTRO MINISTERIO

«Cuando llegaron a la era de Nacón, Uzá extendió su mano al arca de Dios, y la sostuvo; porque los bueyes tropezaban. Y el furor de Jehová se encendió contra Uzá, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios... Y temiendo David a Jehová aquel día, dijo: ¿Cómo ha de venir a mí el arca de Jehová?» (2 Samuel 6:6, 7, 9).

«Y se pusieron contra el rey Uzías, y le dijeron: No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante de Jehová Dios. Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso. Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí que la lepra estaba en su frente; y le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar, y él también se dio prisa en salir, porque Jehová le había herido. Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová; y Jotam su hijo tuvo cargo de la casa real, gobernando al pueblo de la tierra» (2 Crónicas 26:18-21).

«Jehová dijo a Aarón: Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, cargaréis con las faltas *cometidas contra* el santuario; y tú y tus hijos contigo llevaréis el pecado de vuestro sacerdocio. Y a tus hermanos también, la tribu de Leví, la tribu de tu padre, haz que se acerquen a ti y se junten contigo, y te servirán; y tú y tus hijos contigo serviréis delante del tabernáculo del testimonio. Y guardarán lo que tú ordenes, y el cargo de todo el tabernáculo; mas no se acercarán a los utensilios santos ni al altar, para que no mueran ellos y vosotros. Se juntarán, pues, contigo, y tendrán el cargo del tabernáculo de reunión en todo el servicio del tabernáculo; ningún extraño se ha de acercar a vosotros. Y tendréis el cuidado del santuario, y el cuidado del altar, para que no venga más la ira sobre los hijos de Israel... Mas tú y tus hijos contigo guardaréis vuestro sacerdocio en todo lo relacionado con el altar, y del velo adentro, y ministrareis. Yo os he dado en don el servicio de vuestro sacerdocio; y el extraño que se acerque, morirá. Dijo más Jehová a Aarón: He aquí yo te he dado también el cuidado de mis ofrendas; todas las cosas consagradas de los hijos de Israel te las he dado por razón de la unción, y a tus hijos, por estatuto perpetuo» (Números 18:1-5, 7-8).

El ministerio sacerdotal en el Antiguo Testamento siempre significa ministerio al Señor. Este ministerio es la base de todos los otros ministerios. Si no se tiene este ministerio, todos los otros ministerios son vacíos y sin sentido; ni pueden agradar al Señor, ni tampoco los aceptará. En el Nuevo Testamento encontramos que el ministerio profético es el gran ministerio. Sin embargo, aquí también vemos que este ministerio se basa en el ministerio sacerdotal; y que sin esto, el ministerio profético se vuelve externo y vacío, ya que se dirige al hombre y no al Señor. Notemos que hay dos tipos de servicio: un obrar *para* Dios y un servicio *a* Dios. Nunca olvidemos que sólo el último le es aceptable.

La iniquidad del santuario

Dios dijo a Aarón: 1) «Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, cargaréis con las faltas cometidas contra el santuario»; 2) «Y guardarán (la tribu de Leví) lo que tú ordenes... mas no se acercarán a los utensilios santos ni al altar»; y más tarde: 3) «Ningún extraño se ha de acercar a vosotros». Dios nos muestra claramente lo que piensa del pecado y enumera toda la lista; sin embargo, estos pecados no son castigados de muerte. Pero «las faltas cometidas contra el santuario» -la iniquidad del ministerio- son las únicas que reciben el castigo de muerte, sin escapatoria o perdón posible. Esta clase de iniquidad, a diferencia del mentir o matar o el orgullo o la transgresión de la ley en algún aspecto, no se puede expiar de otra forma. Este pecado -la iniquidad del ministerio- no será perdonado. Este acto simplemente no puede ser permitido, no se puede pasar por alto, ni se puede perdonar. Todo otro pecado puede ser purificado y perdonado, pero éste no.

¿Cuáles son estas faltas del santuario? Hemos de examinar de nuevo lo que es el ministerio. Hemos visto que, el ministerio sale de la muerte y de la resurrección. La vara muerta de Aarón tuvo que ser dejada ante Dios y pasar por la muerte. La vara no tenía vida en absoluto.

Era algo muerto. Hemos de reconocer que, al igual que la vara, nosotros somos cosas muertas: sin utilidad - totalmente sin utilidad, sin poder ofrecer nada; sin esperanza, sin el más pequeño fragmento para poder dar a un mundo necesitado, sin un átomo de algo de valor para Dios o de algo que El pueda utilizar-. Pero cuando Dios hace pasar esta vara muerta por la muerte, florece. Simplemente tiene que ser ofrecida ante el Señor para que El ponga su propia vida en la misma. En el vaso de arcilla El mete su tesoro sin precio: Su propia, vida que asimismo ha pasado por la muerte y la resurrección. Es *su* vida y *su* resurrección lo que El nos da para que las experimentemos, tal como se dice en Filipenses 3. Por ejemplo, tomemos el caso de una persona brillante que intenta servir al Señor por medio de su brillantez. Un ministerio como el suyo simplemente no se manifiesta en vida. Por el contrario, todo lo que toca sale muerto porque él mismo no ha pasado por la muerte de Filipenses 3.

¿Qué es, entonces, la iniquidad del santuario? Es llevar *al servicio del Señor algo más que la vida de resurrección*. Muchas personas arden por el Señor; llevan su entusiasmo ardiente a su servicio. Esto es una iniquidad del santuario. Muchos siervos de Dios llevan su propia voluntad fuera al servicio del Señor. Esto es un pecado del santuario. Otros lo tienen todo cerebralmente. Tienen mentes claras y fuertes y entienden las cosas rápidamente. Les gusta estar en círculos y gente espirituales. Les gusta escuchar mensajes espirituales. Pero es como si lo miraran todo a través de una ventana; nunca ha llegado a ser vida para ellos. Dios no ha tocado verdaderamente su espíritu ni les ha dado revelación. Nunca han pasado por la muerte a todo lo que es bueno y fuerte y natural. En vez de esto llevan su mente y dones naturales y todo lo demás al servicio de Dios. Esto le es aborrecible, y es un pecado del santuario.

A menos que nuestro ministerio sea aceptable a Dios, se enfrenta con la muerte. Fue así con Uzá cuando se acercó al arca de Dios y la sostuvo porque los bueyes que la llevaban tropezaron. El tocó la cosa santa de Dios con sus manos impuras y la muerte fue instantánea. Aunque la suya fuera una reacción perfectamente natural, no estaba en conformidad con la orden de Dios. Fue un servicio a Dios, pero *en contra de la manera o método de Dios*, puesto que fue hecho de la manera que lo quiso el hombre y salió de la mente y fuerza del hombre. Muchas veces extendemos la mano de carne e intentamos hacer lo que sólo Dios puede hacer. Hablamos antes de que El disponga; no esperamos a que El obre las cosas según su plan y forma por medio de su Espíritu. Intentamos hacerlo todo por El. Pero esto sólo hace brotar la muerte. Y Dios lo castiga con la muerte.

El rey Uzías se arrogó a sí mismo lo que Dios había otorgado sólo a los sacerdotes; esto es, quemar el incienso al Señor. Dios respondió inmediatamente con la lepra -la muerte.

De manera parecida, hay muchos, hoy, que intentan ministrar en el templo de Dios cuando Dios no los ha nombrado. Quieren servir al Señor, aman la obra cristiana y obran con júbilo. Se mueven en actividad incesante para Dios, se sacrifican por Él y toleran y resisten todo tipo de rencor del que son objeto en su obra para Él. ¿Puede estar esto equivocado? Dios dice que es la iniquidad del santuario porque no han sido nombrados por Él. Él no los ha llamado para hacer lo que hacen. Esta obra que realizan es o bien de la fuerza del hombre y no de Dios, o bien nunca han conocido la cruz y pasado por la muerte. El confiar en algo de la antigua creación o el llevar algo de la antigua creación a la obra del Señor como la elocuencia, la brillantez, la bondad, la habilidad y otros- constituye la iniquidad del ministerio. Toda confianza, por poca que sea, sobre la fuerza de uno mismo en el servicio del Señor es un pecado del santuario.

De Dios para Dios

Sólo podemos servir a Dios con lo que viene *de Dios*. *Solo lo que procede de Dios puede ser, utilizado. En el servicio del Señor*. Puedes tener reuniones entusiastas donde se agita la emoción, pero todo esto puede permanecer en el plano natural y puede ser leña, heno u hojarasca que no puede pasar por el fuego. Podemos mirar atrás y dar alabanza al Señor por todas las bendiciones que El nos ha dejado ver en la vida de los otros que nos precedieron, pero a menos que este ministerio haya estado basado en la muerte y la resurrección de Filipenses 3, nunca pasará por el fuego.

Tienes que ser como una vara muerta ofrecida al Señor *por una noche*. Por una noche, no por diez minutos. La mayoría salimos demasiado pronto. Dios nos guarda y hace esperar, pero nosotros hemos de salir sólo por la mañana. Todos hemos de pasar por este período de muerte. Puede durar meses, o más: nuestro ministerio se va, nuestra riqueza espiritual nos es quitada; todo lo que habíamos poseído y por lo que habíamos dado alabanzas, y conocido y experimentado, nos es quitado. De hecho todo parece quedar

sumido en la oscuridad y muerte; sin embargo, estamos en las manos de Dios, ofrecidos ante Él en el santuario. Rehusamos mirar dentro y examinarnos para ver lo que somos, para ver lo que es el yo y lo que es Dios, lo que es el alma y el espíritu. Porque todo lo que hay dentro de nosotros es, y siempre será, oscuridad. Hasta que mantengamos nuestros ojos en el Señor. Sabemos que la mañana de la resurrección llegará, pero dejemos quietas las manos y permitamos al señor que haga su obra perfecta durante esta noche de muerte, a todo.

Toda obra debe ser servicio a Dios. Si servimos a Dios, si ministramos al Señor, somos sacerdotes de veras.